

[129]

CRISIS DE LA FE Y ECLIPSE DEL LENGUAJE DE LA FE

Francisco García Bazán*

*“...Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa,
hacedlo todo para gloria de Dios.” (1 Cor 10,3)*

Las breves páginas que siguen no tienen la intención de ser un aporte técnico del autor al tema del epígrafe, sino preferiblemente, la contribución de un laico, al que acucian las dificultades religiosas de su comunidad y que quiere, con su mejor voluntad, colaborar en el esclarecimiento de estos problemas con su propia reflexión personal.

En obsequio de la claridad distinguiremos los siguientes subtítulos en el trabajo:

- I) fe y lenguaje de la fe
- II) la crisis de la fe: opositores y testimonios
- III) el eclipse del testimonio cristiano
- IV) propuestas para la fe.

* Francisco García Bazán, nacido en Málaga (España) en 1940, es argentino naturalizado, católico, casado y padre de familia. Licenciado en Filosofía (1968) y Doctor en Filosofía (1975), ha sido becario interno y externo del CONICET, habiendo perfeccionado su formación en Bs. As. con Armando Asti Vera y en Roma con el P. Antonio Orbe. Es autor de: *Gnosis. La esencia del dualismo gnóstico* (1971) (ver: *Revista Bíblica* 34[1972]280-282); *Gnosis y jñdna. La tradición metafísica del hinduismo y del gnosticismo*, en la obra colectiva *Filosofía Comparada* (1972); *Plotino y la Gnosis* (inédito); y ha colaborado y colabora con trabajos de su especialidad en: *Stromata, Cuadernos de Filosofía y Estudios de Filosofía y Religiones del Oriente* (Bs. As.), *Salesianum* (Roma) y *Helmántica* (Salamanca). Ha asistido a congresos nacionales e internacionales de su disciplina y es miembro de sociedades científicas argentinas y extranjeras. Profesor de la Universidad de Buenos Aires hasta junio de 1973, en la actualidad es Profesor de la Universidad del Salvador y miembro de la Carrera del Investigador Científico del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

I) Fe y lenguaje de la fe

La fe pertenece al dominio de la experiencia religiosa. Como tal tiene que ver con uno de los modos en que el hombre entra en relación con lo divino y que según se mantenga dentro de cuadros históricos determinados asumirá la forma de esta o aquella creencia particular, por decir, la fe cristiana, la fe islámica, la fe judía, en la esfera estrictamente religiosa, y que incluida en otros ámbitos de piedad que reconocen un equivalente vínculo con lo Sagrado, aunque en peculiares tradiciones espirituales, recibirá el nombre de intuición espiritual o intelectual, tal como se muestra claramente en Occidente en filósofos como Platón y los platónicos para la Antigüedad y en algunos existencialistas contemporáneos, y en Oriente, por ejemplo, entre los hindúes y los budistas. Naturalmente esta experiencia personal de la Divinidad como una realidad provista de cualidades, que se manifiesta siempre en el hombre en un nivel de su estructura esencial que excede el psicofísico, y de ahí que sea un modo de saber evidente o inmediato (es decir, sin la presencia de factores intermediarios que corresponden al nivel de la psique), puede superarse, en casos de privilegio, por un ahondamiento o aquilatamiento de esta experiencia espiritual y llegar a ser unión directa o inmediata con Dios, la *unio mystica* de los grandes espirituales de Occidente (cristianos o griegos) y la autorrealización de sus pares del Oriente. Modo de experiencia idéntica y universal, pero que difiere en sus manifestaciones históricas por la serie de aditamentos adventicios que se le agregan y que son los que permiten su formulación concreta.¹

Pues bien, si la fe es ésta captación o aprehensión de la relación del creyente con su Dios y si por ello debe trascender como realidad el ámbito de las facultades anímicas y de sus manifestaciones sensibles a través del cuerpo, entonces el ámbito de su expresión, su lenguaje *lato sensu*, será el reflejo de esa experiencia, de la que constituirá su contenido significativo, y se manifestará a través de medios humanos que son inferiores y que se movilizarán según esos designios, es decir, a través de la triple estructura anímica consciente: la razón, el sentimiento y la voluntad² y, llegado el caso, también infraconsciente. Dicho concretamente y según nos lo manifiestan los mismos testimonios religiosos, el lenguaje de la

¹ Para la primera parte: Ef 2,4-9; 1-17; 1 Ped 1,7 y R. Pannikar *Fe y creencia sobre la experiencia multirreligiosa*, en: *Homenaje a Xavier Zubiri*, Madrid 1970, pp. 435-459. Para la segunda, clarísimamente: San Juan de la Cruz: *Subida al Monte Carmelo* II, 4;l. Pueden verse también: L. Bordet *Religion et Mysticisme*, Paris 1959, cap. VI y F. García Bazán *El lenguaje de la mística* a aparecer en: *Estudios de Filosofía* (revista del Centro de Estudios Filosóficos de la Acad. Nac. de Ciencias); previamente, Ídem *Plotino y el lenguaje de la metafísica*, en: *Cuad. de Filosofía* 19 (1973)104-110, esp.

² Hasta aquí los análisis de Aristóteles (*De anima* 413 a 20ss.) siguen siendo válidos, lo mismo que sus comentarios tradicionales.

[131] fe será doctrina religiosa, rito religioso y moral religiosa.³ Pero según opere en el creyente con mayor eficacia su móvil religioso o según sea más amplia su apertura a Dios, se sentirá impelido a robustecer los instrumentos que le permitan revelar esta experiencia. Hay más, como la triplicidad psíquica crea el predominio de algunos de sus aspectos, el racional, el afectivo o el activo, habrá fieles que orienten la potencia de su fe por el canal expresivo correspondiente, razón de ser del teólogo especulativo, del devoto incondicional o del apóstol infatigable. Razonablemente, cuando esta triple actividad se reposa, se orienta hacia el equilibrio interno y a sus expresiones analíticas, dispersas en el tiempo y en el espacio, les sucede, porque expresa más en su brevedad, el lenguaje de la imagen más sintético y alusivo. Tenemos así el empleo del símbolo y del mito en el nivel doctrinal, la poesía y el arte en general en el nivel cultural y el comportamiento desinteresado del hombre de Dios en el nivel del servicio.⁴

Se comprende que en todos los casos citados el testimonio posee siempre un valor significativo que lo trasciende y es lenguaje religioso precisamente, porque nace de la fe y por eso se orienta hacia ella y la manifiesta, aunque debilitada. Y porque de esa misma fe participa más de un creyente, ese lenguaje es intercomunicativo y tiene sentido para todos aquellos cuya comunión en una misma experiencia les ha agrupado como comunidad. Coherentemente, también esas expresiones de la fe, tienen por su naturaleza inferior respecto de lo que revelan, una doble tendencia negativa: a) una inclinación a cristalizarse y b) el riesgo de ser asignificativas para el hombre en el que la dimensión ontológica de la fe está oscurecida, malogrando en ambos casos su naturaleza de lenguaje religioso:

- por constituirse en vehículos inapropiados de lo que son expresión necesaria, confundiendo lo significado con el significante; los correspondientes vicios expresivos saltan a la vista: el dogmatismo, el sentimentalismo o formalismo y el convencionalismo o autoritarismo.

³ Puede verse aquí o allá J. Wach *El estudio comparado de las religiones*, Bs. As. 1967, en donde campea un espíritu de comprensión similar. Asimismo Mt 5,14-16; 7,24-25,28 (Lc 6,47-48); Lc 12,34; 17,5; Jn 3,11.21.27.31-36; 5,24; 7,16-18; 8,12.26.30.38.43.47; 12,35-36.44-50; 14,10.21; 15,8-10.22; 18,37.

⁴ Rec. 1 Cor 4,9.12; II Cor 4,13; Rom 5,6-8; 12,9-21; Ef 4,24 y 55; Fil 1,12; Gál 5,6; Sant 2,14-26; 1 Ped 2,12; 3,1-2; 1 Jn 3,16-18 y 5,2-4. En el lenguaje natural, según la tesis de la filosofía analítica (ya presente entre los estoicos), estas mismas intenciones se ofrecerán como un lenguaje informativo (enunciados doctrinales), exclamativo (expresiones devotas) o exhortativo (prescripciones éticas), las que a su vez podrán ordenarse en niveles empíricos, científico, literario y vulgar respectivamente. Todo esto sigue reconociendo su fundamentación anímica inmediata, confunde, radicalmente, el vehículo con el origen y para nada toca a la base esencial del lenguaje, si algo hace es reducirlo, por simplificación a lo que realmente no es.

[132]

— por ser confundidos como muestras de meras expresiones humanas o materiales, es decir, los reduccionismos de todo tipo que asechan la interpretación de los datos y estructuras religiosas.

Cae de suyo que todas las expresiones enunciadas se ponen de manifiesto a través de órganos y elementos corpóreos, visibles o materiales; que aquí la palabra (oral o escrita), el comportamiento y los objetos producidos o asumidos por el hombre, juegan una función fundamental; que la rémora y la rebeldía de lo establecido es un obstáculo evidente para el hombre piadoso que intenta revelar su fe; pero en buena lógica, resistencia no significa dirección, sino inconveniente, esfuerzo en la plasmación de la obra expresiva, y el hombre de Dios, con mayor o menor empeño, hará estallar en mil pedazos el contexto que se le opone para que brille límpidamente su lenguaje. Los prejuicios inconscientes y conscientes, psíquicos, sociales o ideológicos, juegan aquí el mísero papel tradicional de la materia informe que espera el principio que la ilumine y nunca, salvo que se solicite la inspiración más alta a los estratos inferiores de la realidad y se instaure la autocontradicción por norma, podrán atribuirse a estos elementos rasgo alguno válido de inspiración. Lamentablemente son hoy demasiados los cristianos desorientados que toman por signos autorizados estas muestras caricaturescas e imaginarias de la fe y las censuran en consecuencia, pensando que su verdad no reside en enderezar lo torcido y reformar lo deformado a la luz del mensaje cristiano, sino en base a pseudoteologías a las que inspiran inconfesados principios extraídos de los lemas corrientes de la psicología profunda, el marxismo o un pedestre y utilitario sentido común penetrado de malsana ingenuidad.⁵

II. La crisis de la fe: opositores y testimonios

Que la falta de fe o que su debilitación o disminución es un rasgo propio de nuestra sociedad occidental, acrecido vertiginosamente en las últimas décadas, es un fenómeno que no necesita mayores pruebas. Tarea diferente sería la de enumerar las causas de esta dolencia que aqueja al sentido de lo trascendente en nuestro tiempo y respecto de causas, éstas tienen sus defensores y detractores.⁶

⁵ Hasta los alrededores de 1960 el profesor Armando Asti Vera había delatado muchas de tales deformaciones en su trabajo *Caracteres antimetafísicos del pensamiento contemporáneo*, en: *Revista de Filosofía* N° 9, Instituto de Filosofía de La Plata. Hoy día los mencionados errores han crecido hasta límites insospechados y se siguen reeditando día tras día muy cerca de nosotros.

⁶ Por citar algunos casos, R. Guénon *La crisis del mundo moderno* Bs. As. 1986; M. Heidegger *L'époque des "conceptions du monde"*, en: *Holzwege*, Paris 1962, pp. 69 y ss.; K. Jaspers *La filosofía*, F.C.E.M., 1953.

[133]

Nosotros diríamos que nuestro mundo occidental moderno y contemporáneo, día tras día más secularizado, niega en sus fundamentos mismos a la divinidad y que dentro de esa constitución ideológica masiva, hay un número de cristianos con sus instituciones religiosas y de hombres con facultades espirituales aún despiertas, que mantienen vivo el vínculo estructural irrompible entre el hombre y Dios. Pero que naturalmente, obedientes y puestas al servicio en el mayor grado de esta concepción del mundo, masiva, anárquica y desjerarquizada, se encuentran las ideologías que tratan de justificar el desvarío humano y dar así una efímera seguridad al hombre que por su misma constitución existencial o de criatura, suspira por los principios y pide la rehabilitación de los valores.⁷ La línea ofensiva de los destructores de la sensibilidad hacia la trascendencia adopta una triple forma:

a) el *cientificismo*, que trata de dar al hombre occidental la vana firmeza de que en alguna de las ciencias particulares, bien sea formal, fáctica o cultural, se encuentra encerrado el secreto del sentido último del hombre y del mundo. En esta posición que extralimita la misma vocación científica, se sobreentienden dos debilidades incardinadas en sus adeptos: 1º la ignorancia o falta de conciencia de la estructura misma de la ciencia que torna imposible tal creencia y 2º la necesidad de encontrar una tabla de salvación que reconoce así en una falsa proyección su primordial contingencia.⁸

b) el *materialismo*, con sus secuelas concretas: el empirismo y el pragmatismo. En un primer caso, en sentido estricto, se incluye la ideología marxista con sus principios y su método, derivado de tales principios, y en un segundo caso, la ideología reinante en Occidente, que pone como centro de la vida el espíritu de lucro y el beneficio del hombre, útil o placentero. Si la primera orientación tiene sus numerosos epígonos dentro del cristianismo, fundamentalmente en torno a los denominados “cristianos para el socialismo” cuyos manifiestos y actitudes han forzado a su desenmascaramiento,⁹ en la segunda orientación, una mentalidad que más que ideología es tendencia, convive híbridamente, para el mal de los fines espiritua-

⁷ H. Rousseau *Les Religions*, P.U.F., 1971, pp. 5-10; Mircea Eliade *El mito del eterno retorno*, Bs. As. 1968.

⁸ Puede verse A. Asti Vera *Fundamentos de la filosofía de la ciencia* Bs. As., 1967, pp. 18 y ss.

⁹ B. Sorge El movimiento de los “cristianos por el socialismo”; en; *Criterio* 1974, N° 1699, pp. 488-497. Los fundamentos del movimiento se encuentran claros en: G. Girardi *La nuova scelta fondamentale dei cristiani* (relación del autor al Congreso de Bolonia) y su condena en: *La Civiltà Cattolica* 16/3/1974. Un examen más próximo a nosotros en: A. López Trujillo *Liberación marxista y liberación cristiana*, Madrid 1974, pp. 252-265.

[134] les, con valores que le son contradictorios en el seno mismo de la cristiandad.

En los dos casos hallamos un mismo desprecio de la fe. Entre los materialistas marxistas, porque reducen lo religioso a lo meramente humano, por indeterminado que esto pueda ser, y obran en consecuencia;¹⁰ y entre los materialistas de la sociedad de consumo, porque su horizonte de creencias se limita al egoísmo personal y a la gravitación de lo positivo.¹¹

c) El *psicologismo* y el *sociologismo*, movimientos que por corresponder a ciencias aún no debidamente constituidas, dados los muchos prejuicios que impiden desentrañar con nitidez los respectivos objetos de estudio¹² y por su peculiar estructura relacionada con la fe, individual o socialmente, tienden a perturbar y a invadir, reduciéndolo a la nada, el ámbito de lo trascendente. Los males que estos dos últimos movimientos ocasionan al pueblo cristiano son tan notables que despiertan necesarios y crudos rechazos.¹³

III. El eclipse del testimonio cristiano

Examinadas así las dificultades previas, exponemos el punto fundamental.

En la medida en que, como hemos dicho, la fe se inserta o tiene como pertinente el nivel espiritual del hombre, las facultades que la expresan, que son anímicas, y el cuerpo que manifiesta a éstas, se pondrán íntegramente a su servicio; de aquí que se diga que la experiencia religiosa exige una respuesta total del hombre, de su psique y de su cuerpo, con la armonía que ello conlleva, pero también que se pueda subrayar no sólo el dinamismo que es

¹⁰ Aquí, en nuestro entender, radica el núcleo de la falta de justificación teórica de los “cristianos para el socialismo”, en sus diversas muestras europeas y latinoamericanas. Cierta cúmulo de injusticias sociales les lleva a aceptar, si no los principios, se proclama, si el método de los marxistas; pero resulta que el método, el procedimiento operativo, tiene como causa eficiente y final a su mismo objeto que es el que lo ilumina. Así la fe exigirá un cambio por y para la fe: la conversión, el método cristiano por excelencia, porque el convertido transformará el mundo por y para Dios; por el contrario, la *praxis* marxista se ejecuta sobre la base de principios y de fines que no irán más allá de los límites de un hedonismo utópico.

¹¹ Son muchos los cristianos que militan en estas filas. Para éstos Dios se ha transformado en el gran patrón de la comunidad capitalista y ellos son sus legítimos arrendatarios. Aquí la creencia en Dios, consciente o inconscientemente, se ha transformado en el culto del propio interés acrecido por los mil artificios que genera la máquina que él mismo sostiene, la sociedad de consumo.

¹² Cf. A. Asti Vera, o. c., pp. 39-40.

¹³ Así lo ha hecho últimamente Cornelio Fabbro en su reciente manifiesto teológico.

[135] inherente a la fe, sino, coherentemente, también el que lo es a sus expresiones.

Entiéndase, no se quiere decir que el Principio fundante de la fe sea dinámico. No; lo Absoluto, Sagrado, etc., y bajo su faz para el hombre, Dios, está tan allende de las categorías de lo estático y lo dinámico, como de toda otra. Lo que sucede es que lo que trasciende las limitaciones todas, tanto en su fondo último (Divinidad) como en su primera manifestación trial en la fe (Dios), no puede ser contenido debidamente en ninguna de sus expresiones psíquicas ni concretas, de aquí que siempre y necesariamente se pueda presentar con el mismo rostro o con otro diferente. Este nos parece ser el fundamento de las múltiples apariciones de lo divino en el tiempo y en la historia, que tiene que ver con su propia esencia infinita, en tanto que las constancias institucionales de sus manifestaciones tienen que ver con la estructura anímica del hombre, portavoz débil, humilde vasija de arcilla, para poder contener tanto Poder.

Las consecuencias de estas reflexiones saltan a la vista. Los contenidos del lenguaje de la fe, la profundidad del mensaje de las instituciones religiosas no serán estáticos, pero esto no será porque el hombre de ayer no sea el de hoy, ni éste el de mañana, sino porque el excedente de significación de una institución sagrada es demasiado grande como para que ésta en un momento cualquiera de la historia la pueda sobrellevar en su plenitud. Y siendo así las cosas, ante el creyente de nuestros días se abre un doble camino:

1° El comprender que el dogma como formulación racional de la fe, que el culto cristiano como cristalización del sentimiento de la fe y que la moral cristiana como código de la acción de la fe, no se encierran, en primer lugar, en sí mismos, sino que impulsan necesariamente hacia su móvil, la fe cristiana misma, y que cuando así obra el cristiano, es verdaderamente cristiano; y 2°, que las manifestaciones de la fe no se han agotado en sus expresiones del pasado, no se agotan en las del presente, ni se agotarán en las del futuro.¹⁴

Pero no obstante lo dicho, la realidad cristiana nos muestra que el hombre es remiso a su propia naturaleza esencial. Si el lenguaje de la fe se adhiere a su legítima experiencia, como el rayo de luz al sol, resulta también evidente que muchas conductas del cristiano e incluso ejercidas dentro de la trilogía que manifiesta a la Iglesia como institución sagrada, no dicen nada a nadie. Parecería que el cristiano es un hombre religioso mudo y que así nadie

¹⁴ Puede verse Ch. Moeller *Renovación evangélica y apertura al mundo*, en: *Criterio*, diciembre de 1962, N° 1417/18, pp. 894-899.

[136] oye su voz. Y verdaderamente, el cristiano que desde la comunidad de fe que constituye con sus hermanos no sea capaz de remontarse a su móvil fundamental y obrar en consecuencia, seguirá siendo un hombre que hace signos sin significación que nadie entiende. Más concretamente, será un cristiano cuyo testimonio carecerá de relieve por pretérito y gastado y con el que no presentará ante nadie el foco de su fe.

Y semejante falta de efectividad del lenguaje cristiano se ve por doquier. Muchos cristianos con sensibilidad para el servicio comunitario, han comprobado en carne propia no sólo que las instituciones eclesiásticas son en muchas de sus expresiones un lenguaje perimido, que en su día tuvo vigencia, sino que en su debilidad, maltrechos, en lugar de bregar por la transparencia de la fe cristiana, han sucumbido por su falta. No; el cristiano realmente desinteresado, gritará mil veces que en él alienta el Espíritu y su vigor espiritual lo revelará con la adhesión a su inspiración y su sacrificio personal, ya que a la postre el triunfo no va a ser ni de él ni de la autoridad instituida, sino de la Iglesia. Muchos cristianos también, en el otro extremo, repudian las directivas hacia el "aggiornamento" del Vaticano II cumplidas en su forma más visible en la reforma de la liturgia cristiana y añoran la tradición de un pasado no muy lejano. Aquí cabe una reflexión semejante, la respuesta seguirá siendo vida cristiana y purificación, ya que la "restauración" cultural, como toda otra, tendrá que ver no, limpiamente con un acuerdo que signifique poner la institución "a la altura de los tiempos" en sentido sociocultural, tal sería la inspiración correspondiente a una mentalidad ejecutiva orientada por el éxito de la empresa propuesta y basada más en la cantidad que en la cualidad de sus logros; ella, como iniciativa espiritual, tendrá que ver con la recuperación de la existencia cristiana en su prístina pureza que es la que da de sí los medios apropiados. Vaya, pues, así, el cristiano a la búsqueda de su primavera religiosa, como máxima expresión de potencia y belleza; tome también, con espíritu exquisitamente religioso, a la historia, y concretamente a la tradición litúrgica, como *magistra vitae*, pero que ello le sirva no para reeditar el pasado, canonización inútil, sino para saltar desde las épocas ejemplares a lo que dio sentido a aquellas estructuras rituales y sagradas y así poder construir y recrear las propias, desde la fe.¹⁵

No faltan tampoco los cristianos que han arremetido contra una teología que durante años se enseñó en seminarios y facultades eclesiásticas y que hoy día ha dado los resultados de incultura, de desorientación y de dogmatismo teológico, que cualquier laico de formación mediana percibe a la lejanía. Esto ha traído aparejado para la Iglesia el desolador panorama que nos depara en la

¹⁵ Cf. Ch. Moeller, l. c. y M. D. Chenu *La renovación de la Iglesia*, ibidem, pp. 890-892. Rec 1 Cor 10,31.33; II Cor 6,3-10.

[137] actualidad y ha dado lugar a la intrusión de proyectos de reflexión teológica ajenos con su espíritu y que han creado la subsiguiente conmoción en la grey católica, descarriada como muchos de sus pastores, pero en este caso, por espíritu de fidelidad. Aquí, lo repetimos, la contestación vendrá también desde el ámbito de la fe. Y si la ignorancia debe ser combatida, tampoco el docto será teólogo por su ciencia profana, sino una vez que abra su sensibilidad a las inspiraciones del espíritu, vitalice así su saber y construya con ambos la ciencia teológica que será coparticipación con sus hermanos desde Dios.

Comprometidos en una común empresa de cristianos para Dios, ofrecemos algunos elementos que creemos que pueden contribuir a la transparencia de la fe.

IV. Propuestas para la fe

1º Elaboración de esbozos teológicos más abiertos y espirituales. Pero la primera condición para esta realización no se centra tanto en una perspectiva teológica que exprese el temple de los teólogos de nuestra tierra, lo que es perfectamente hacedero desde el *locus* de la fe, sino que el teólogo sea eminentemente un portavoz de Dios en el plano racional. Contra este *desideratum* conspiran dos inconvenientes: Uno de ellos es el clericalismo ambiente de teólogos y biblistas. La clerecía tiene que ver con el menester y la vida de los clérigos. Por profesión y ministerio la mayor parte de los hombres que tratan la ciencia sagrada son sacerdotes o religiosos y no distinguen con claridad la función teológica, que es carismática, de su formación individual. Pero este peso que lastra con meros hábitos adquiridos de pensamiento, corre un peligro que pertenece al mismo dominio profesional, pero más extremo y perjudicial, el de que el clérigo, por ser tal, se autotitule teólogo, por más que hable de una mala psicología o sociología. Ambos casos contribuyen en alto grado a la obnubilación de la fe.¹⁶

2º Búsqueda de nuevos tipos de organización eclesial. El cristiano es por esencia revolucionario. En donde aparece un cristiano

¹⁶ Los ejemplos son legión, por más que sabemos que la vocación teológica sobreentiende idoneidad especulativa, firme capacidad de juicio y sólida formación. Esto explica que las épocas de florecimiento teológico dentro de la misma Iglesia hayan sido escasas y que los teólogos de fuste, ahora y siempre, se hayan podido contar en un país con los dedos de la mano. No obstante semejantes exigencias y el marasmo cultural por el que atraviesa la Iglesia de nuestros días, hemos asistido en nuestra patria a la triste realidad de que el sacerdote, por su mera investidura eclesiástica e insensibilizado por el aplauso de ciertas corrientes masificadoras, se ha considerado no ya sólo digno candidato a teólogo, sino también a cuanto puesto académico haya podido quedar a su merced por la generosidad de los amigos o de los correligionarios ideológicos.

[137] auténtico se hace presente un haz de luz que todo lo ilumina. De este modo fomentará la conversión o se lo repudiará por sus profundas exigencias espirituales, pero no será un indiferente. La actual organización eclesial acumula bienes y sostiene estructuras temporales complicadas que se confunden más con el espíritu de empresa que con un llamado de Dios. Si alguna de semejantes estructuras ocasionan el escándalo en los espíritus de buena fe, su sostenimiento no cumplirá el designio salvífico que es el fin de las instituciones cristianas, por el contrario, lo entorpecerá. Además, si tras la mencionada organización no se descubre su valor trascendente, hora será de que se aligeren o descarten, para que se cumpla su misión de testimonios de la fe.¹⁷

39 La realización del estado de desapego del cristiano. Constituimos el *horno viator*. Lo que poseemos materialmente es nuestro, como podría no serlo. Los fines y la esencia del cristianismo son mucho más que nuestras cuatro menguadas pertenencias y nuestras aspiraciones individuales. Lleguemos a una real actitud de desasimiento basada en la fe, el sólo fundamento de una real acción apostólica, y por doquier nos motejarán de cristianos. Sí, el cristiano es el hombre nuevo, pero su novedad es tal porque se inspira en Dios y su inspiración es la que transfigura al mundo. El cristiano que alienta en su fe no teme por su futuro, ni se acongoja por su pasado, ni acaricia el éxito de sus empresas. Está en las manos de Dios y su actividad es llevada por la mano de Dios. De este modo, paradójicamente, el cristiano es el contemplativo por excelencia, ya que su praxis múltiple iluminada e instaurada en su familiaridad con Dios será actividad sin tregua y sin desmedro y ya reflexione, ya ore o ya actúe, lo hará siempre en el nombre del Señor. Tal hombre es y seguirá siendo, el solo ejemplar de cristiano que conocemos, el de un cristiano en el mundo, que ni se evade ni se entrega a él, sino que lo salva.¹⁸

¹⁷ Dice» curiosamente, un texto gnóstico, el Ev. de Felipe Sent. 49: "Si dices, soy un hebreo nadie se perturbará. Si dices, soy un -romano, nadie temblará. Si dices» soy un griego, un bárbaro, un esclavo» un hombre libre, nadie se inquietará. Pero si dices, soy un cristiano, el mundo entero temblará". Cf. Eduardo F. Pironio *Reflexiones pastorales sobre el Hombre nuevo en América Latina*, Bs. As. 1974, pp. 33-36 y rec. 1 Tes 1,8-9; Gál 5,1.

¹⁸ Este carácter peculiar del cristiano en su relación con lo socio-político lo ha captado bien Merleau Ponty cuando escribe: "Para los poderes constituidos, el cristiano representa un elemento perturbador, porque él se ubica siempre en algún otro punto, y ellos jamás pueden sentirse enteramente seguros en relación con él. Por la misma razón intranquiliza también a los revolucionarios, porque perciben que él jamás está completamente de acuerdo con ellos", citado en: A. López Trujillo, o. c., p. 284, n. 8. Ver asimismo Ed. F. Pironio, o. c., pp. 41 y ss. y rec. Ef 2,15; 1 Ped 1,9; 1 Jn 4,18; Fil 4, 4-6; Mt 6,21; Lc 6,27 ss.; 18,28-29; Jn 8,50-51, etc.